

POEMAS CON MIGO:

POSIBLE AMBITO DEL YO EN LA POESIA DE ALBERTO HIDALGO *

INICIO DE LA TRAYECTORIA: EL YO OCLUSIVO

Alberto Hidalgo significó en nuestra literatura, de 1917 al 18, la exasperación y la terminación del experimento «colónida». Hidalgo llevó la megalomanía, la egolatría, la beligerancia del gesto «colónida» a sus más extremas consecuencias. Los bacilos de esta fiebre, sin la cual no habría sido posible tal vez elevar la temperatura de nuestras letras, alcanzaron el Hidalgo, todavía provinciano de «Panoplia lírica», su máximo grado de virulencia. Valdelomar estaba ya de regreso de su aventuroso viaje por los dominios d'annunzianos, en el cual—acaso porque en D'Annunzio junto a Venecia bizantina está el Abruzzo rústico y la playa adriática—, descubrió la costa de la criolledad y entrevió lejano el continente del inkaísmo. Valdelomar había guardado, en sus actitudes más ególatras, su humorismo. Hidalgo un poco tieso aún dentro de su chaqué arequipeño, no tenía la misma agilidad para la sonrisa. El gesto «colónida» en él era patético (1).

El juicio de Mariátegui, de 1928, es más actual que los *juicios sumarios* luego repetidos ya no sobre sino contra la obra de Hidalgo. Diagnósticos/veredictos: las apreciaciones parecen surgir de un desprecio. La crítica como condena. La poesía de Hidalgo, reducida por las historias y las antologías a sus primeros vagidos, lleva ya unos cincuenta años de cárcel. No ha salido, todavía, de *Simplismo*. Hidalgo murió en 1967; pero su obra, según las versiones hasta ahora oficiales, había muerto mucho antes, hacia 1925. Y sigue muriendo, por supuesto. El juicio de Mariátegui, repito, es más actual. Por varios motivos. Intenta, en 1928, una *comprensión* y una *explicación* de la obra como *totalidad*, abarcando los libros iniciales hasta *Descripción del cielo*, de 1928. Está al día. Conoce la prosa y la poesía, las relaciona. No reduce a Hidalgo a *lo peor de Hidalgo*. Al contrario. Señala cierta patología verbal para hacer crítica, para hacer resisten-

* Fragmento de un extenso ensayo sobre la obra de Alberto Hidalgo, que enfoca los seis núcleos temáticos: «Poemas con esencia», «Poemas con patria», «Poemas con amor», «Poemas con muerte», «Poemas con migo» y «Poemas con pueblo». Lo publicado: del enfoque sobre «Poemas con migo».

(1) Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Empresa Editora Amauta, Lima, 1967, p. 263.

cia, y apuntar hacia aquello que podría constituir una expresión no desvirtuada por gestos epocales. Además, aun cuando señala lo patológico, intenta comprenderlo: es decir, parte de una simpatía. Y también intenta explicarlo: parte de un contexto. Mariátegui hace una *interpretación histórica*, no un *anacronismo*. Critica, no excomulga. Otros, menos tendenciosos ideológicamente, son los que han purgado a Hidalgo con una máscara más peligrosa, por menos aparente, que la del *peor Hidalgo*, en Hidalgo peor deriva de *puer*. Lo han purgado con frialdad académica, máscara imparcial, irreprochable, como las anotaciones al pie de la página. Caso curioso: en la crítica a Hidalgo hay más metáfora que en la poesía de Hidalgo, y es ésa la clave. Hidalgo hizo *poesía con clave*; pero también se le ha hecho *crítica con clave*. El está en lo que esa crítica no dice y no está en lo que esa crítica dice. Obra numerosa, increíblemente desigual, y una crítica empeñada en agravar la desorientación: es difícil descubrir a Hidalgo. Hay que inventarlo.

Hidalgo también se inventó: tuvo que hacerlo. Muchas veces, con variable acierto. Siempre con tenacidad. Una invención que nunca dejó de inventarse ni de inventarse. El yo como metaprograma: como umbral hacia otro umbral. En esto, creo, hay mucha humildad. La megalomanía, de haber sido esencial en él, hubiera bastado. Un conformismo napoleónico. Pero la megalomanía en Hidalgo fue un fracaso, y eso lo supo Mariátegui. Lo supo, también, Hidalgo. *Un poco tieso en su chaqué arequipeño*. Hidalgo necesitó, como punto de partida, una estructura, un marco. Nadie se los proporcionó. Tuvo, en este sentido, una carencia casi genética. El mismo se vertebró, tuvo que hacerlo. Y lo hizo con excesiva rigidez, con exceso de superego. Cierto: en los libros primerizos se frustra la posibilidad de una poesía fundada en la intimidad del ser. La iconoclasia, la virulencia, el horror a la debilidad, los gestos, lograron ocultar a quien de todas maneras no podía y/o no quería hacer *acto de presencia*. Su acto era otro: era acción o actuación. Y es que uno se expresa mal. No se frustró una poesía fundada en la intimidad. Esa poesía no era posible. No había intimidad, había desamparo. Hidalgo era vulnerabilidad no presencia. Nada más lógico, pues, que como poeta fuera *constructor*. Poemas = muros. El lenguaje como distancia, como mampara. Toda una literatura del insulto, por ejemplo. Y el personaje como camuflaje de la persona. Pánico y poesía: una *poética del bluff*. Folletinesco/esteriotipado —he dicho que se vertebró con excesiva rigidez—, tieso en una pragmatísima retórica de violencia, Hidalgo emplea la metáfora porque él mismo tuvo que ser metáfora. Metáfora, entonces, era cubrirse. Cubrirse era escribirse. No auscultar, ocultar. No provocar el encuentro sino el desencuentro. No persuadir, disuadir. No la concordia, la discordia. Hacia la síntesis pero dialécticamente. Hidalgo se disfrazó de Hidalgo, el peruano se disfrazó de peruano, el escritor se disfrazó de escritor: no una falsedad, una

exageración. Es elíptico y también hiperbólico. Tuvo que serlo: para verse y protegerse. Tuvo que ser enfático: desesperadamente tuvo que creer, él mismo, que creía lo que decía. El ambiente *colónida* favoreció el malabarismo. La guerra del 14 también. Pudo añadir, con ello, más distancia: aferrarse a la bohemia entre *limeños*, hacer una espantosa arenga al Kaiser en medio de francófilos. Pero eso *no era Hidalgo*; eso era para que Hidalgo pudiera ser.

Esos libros primerizos pertenecen al museo del yo. Son lo genealógico pero también lo geológico del yo. La crítica como paleografía: inventar, a partir de unas pocas inscripciones, de unas huellas, un mundo, un contexto. Ciertamente: los garabatos paleográficos poco acreditan al autor. También: poco lo exponen. Hay que juzgarlos más bien como *eficiencia extraliteraria*. El gesto verbal era una gestión, una actualización. La palabra (= máscara) entre autor y público. Pero todavía Hidalgo no es autor: es actor. Es, también, su propio público: se ve en *la reacción* que provoca y así confirma su presencia. O sea el mismo alarde de (des)ocultación entrega una clave del yo. El gesto es gestación. Las circunstancias literarias/sociales son *contenido manifiesto*. Metáforas, pero donde asoma otro contenido, como la insinuación de un lenguaje en otro lenguaje. No los gestos que acompañan al lenguaje sino el *lenguaje como gesto*. Ese lenguaje como gesto de otro lenguaje como gesto de otro lenguaje como gesto de otro lenguaje ya *engarfiado* en circunstancias casi excesivamente biográficas. Megalomanía, egocentrismo, pero entonces una frase revela la insuficiencia de la jerga psicologista: «Vivo esperando alegre que un verdugo me ahorque» (2). Culpabilidad/paranoia. Atacado, contraataca. Pero sobre todo es él mismo quien se ataca y contraataca: su desamparo es interior. Hidalgo luego se daría cuenta de esto; la crítica todavía no se ha dado cuenta de esto. Hidalgo luego escribiría, partiendo de ese reconocimiento, un libro injustamente desconocido, *Actitud de los años*, y una Poética, mal comprendida (peor: ignorada), de un lenguaje contra y en el lenguaje, un lenguaje interior. Atacado, contraataca. Todavía, en el inédito *Segundo diario de mi sentimiento*, abundan las frases bombásticas: «El ser, como soy, uno de los hombres más atacados de cuantos hay, lejos de deprimirme, aumenta mi megalomanía, si megalómano soy, me hace creer que quizás pueda yo llegar a tener una posteridad honorable, pues jaurías iguales a las que me ladran acosaron a Dante» (3). Y es que entonces y todavía ahora, años después de su muerte, o se (le) niega presencia o se (le) considera una presencia excesiva, como la del leproso.

(2) *Panoplia lírica*, Imprenta Víctor Fajardo III, Lima, 1917, p. 24. En lo sucesivo se empleará la siguiente sigla en las citas *PI*.

(3) *Segundo diario de mi sentimiento* (inédito), pp. 298-299.

La necesidad que tengo de decir algunas cosas en defensa de este libro mío y de otros que irán saliendo, me obliga a trazar estas líneas. Además, siento la necesidad de decirle al público unas cuantas lisuras.

Yo he nacido en Arequipa, cosa que hago constar para que, como decía Heine, siete ciudades no se disputen, a mi muerte, la cuna de mi nacimiento. Cuando hacía mis primeras armas en la literatura, la gente se indignó; no quería que yo escribiese; es un animal, decía.

He sido siempre un chico rebelde y pretencioso, razón esta demás para que los públicos me odien... Mis paisanos no comprenden que yo soy, como decía Daudet, demasiado poeta para usar lentes.

Yo debí haber sido un poeta sentimental y llorón, por lo menos, un poeta triste. Poneos en mi caso. Cuando aún no tenía tres años cumplidos murieron mis padres de una manera simultánea. Antes de marcharse de este valle de lágrimas mi padre, que era dueño de algunos caudales, nombró guardador mío y de mis hermanos al doctor Ladislao Corrales Díaz, medicucho entrado en carnes y en mañas, hombre de uñas muy largas y corazón muy duro, espíritu hediondo como un cadáver en putrefacción; su cara tiene muchos parecidos con la cara de los dogos, unas veces es empolvada como la de una cortesana de arrabal, y otras bituminosa como una montura de cuero de chanco. Yo, al cumplir los quince años, me di vaga cuenta de la vida; conocí mi situación, pregunté por mis bienes, es decir, por la herencia de mis mayores. ¿Dónde estaba la fortuna de mis padres? Había desaparecido como por arte de encantamiento. Mucho sufrí y sufro aún. Podría decir... que «me duele la vida» (4).

El patetismo señalado por Mariátegui, ¿no está (y justificado) en estas líneas? Desamparo y tiesura. Orfandad y virulencia. La *vida le dolía*: le dolería toda la vida. Porque acechaba, en cada experiencia, la experiencia de la orfandad. La orfandad se repitió muchas veces. Muchas veces Hidalgo tuvo que inventarse: nacer sin padres. Por eso recaerá siempre —lamentable pero comprensible— en los gestos y la retórica de su paleografía: era un mecanismo casi involuntario. Por eso reaccionó siempre violentamente contra la crítica cuando sospechaba una negación: la crítica fue y sigue siendo una experiencia de orfandad, una anulación. Le roban, todavía, sus bienes. Ladislao Corrales Díaz, que ahora lo desposee de su propia poesía. Como por *arte de encantamiento*. La poesía de Hidalgo fue/tuvo que ser un *arte de desencantamiento*; por eso, tantas veces, caía en la diatriba, el libelo. Gran parte de su obra cabría bajo el título de una novela que no llegó a publicar: *Ladislao, el guardador*. Pero el *ingenioso Hidalgo*, víctima de encantadores, hasta ahora no ha logrado recuperar los bienes de sus padres ni a sus padres, que eso son,

(4) *Hombres y bestias*, Arequipa, 1918, pp. 173, 174, 175. En lo sucesivo se empleará la siguiente sigla en las citas: *Hb*.